



JACOBY, Georg

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 284

(KADETTEN, 1931)

CADETES

(Detrás de las murallas rojas de Lichtenfelde)

Narración novelada de la película del mismo nombre basada en el emocionante drama de Peter Murr, interpretada por el gran actor

FRANZ FIEDLER

Narración literaria de ALFREDO DARNELL

Producción HEROS FILM

EXCLUSIVAS

CINAES, S. A.

Vía Layetana, núm. 53 - Barcelona

REPARTO

Rodolfo Seddin
General Seddin
Elera

FRANZ FIEDLER
Albert Basserman
Trude Von Molo

Argumento de dicha película



Los cadetes de la Academia Militar de Linterfelde, situada en uno de los suburbios de Berlín, aún no se habían levantado, y aunque ya eran casi cerca de las seis de la mañana, hora en que la corneta les despertaría, dormían profundamente, como si se hallasen en el primer sueño. La rigurosa disciplina de la Academia les hacía desear por las noches, el lecho, donde descansarían por unas horas de la fatiga del ejercicio que imponía el reglamento de hierro.

Casi no había amanecido. Las primeras luces del crepúsculo empezaban a filtrarse por las ventanas de los dormitorios, cuando el corneta de guardia lanzó desde el patio de la Academia, las notas rápidas y alegres de la diana.

—Muchachos, a vestirse rápidamente! — gritó Zerbitz el sargento del dormitorio número 7.

Los cadetes como impulsados por un resorte pegaron un salto y se dirigieron inmedia-

tamente hacia el lavabo, para el aseo matinal.

—Uno, dos, tres... diez, once, doce... ¿y Brenken? ¿Dónde está Brenken? —dijo el sargento al darse cuenta que faltaba uno.

—Me parece que no ha oido la corneta —dijo un cadete, mientras se lavaba.

—A ver, Muller, coge una palangana de agua, y duche a ese zángano que siempre se retrasa. El día que el capitán me llame la atención por culpa suya se ha caído.

Muller, seguido de los otros cadetes, que reían regocijados, cogió una palangana llena de agua, y la echó encima del infeliz Brenken.

—¡Maldita sea! ¡Un salvavidas! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó cómicamente Brenken, que debía soñar seguramente que iba en un barco.

—¡Holgazán! Levántese en seguida si no quiere que le arreste —dijo el Sargento, que no podía contener las ganas de reirse al ver la facha del muchacho.

Los cadetes empezaron a vestirse.

—Oye, Seddin, ¿te queda todavía un poco de esa hermosísima butifarra de Pomerania?

—No sé, chico —contestó el joven cadete Rodolfo Seddin.

—Me parece que te has levantado de mal humor, ¿qué te sucede? —le preguntó Buring, su íntimo amigo.

—Lo de siempre. Estoy asqueado de todo esto.

—No sé por qué lo aguantas. Yo en tu lugar me negaría a seguir en la Academia, aunque eso me quitaría el placer de tu amistad.

—Gracias, Buring, pero tú no conoces a mi padre. Los Seddin han sido todos soldados, desde que se conoce la historia de mi familia, y no me quedará más remedio que serlo yo también.

—A pesar de todo, no me resignaría. Tú tienes un verdadero talento musical. Esa es tu vocación y la deberías seguir contra todos.

—Dejemos eso, Buring, ya te lo he dicho antes. No conoces a mi padre. Es muy bueno, me quiere entrañablemente, pero por eso no pasa, ni pasará nunca.

Una vez los cadetes vestidos y revistados por el Oficial de su compañía, se dirigieron a la clase de equitación. Acabada ésta, tenían un cuarto de hora de descanso, y se reunieron Seddin, Brenken, Buring y algunos otros del 7.^º dormitorio.

—¿Qué tal, Brenquen? ¿Parece que ya vas entrando, verdad? Hoy sólo te ha regañado el capitán Maltzahn seis veces.

—Si el capitán Maltzahn no fuera tan buena persona, era capaz de insultarle—contestó el buenazo de Brenken, poniendo una cara desplorable.

—Pues no te quejarás; tu yegua Gabriela se ha estado hoy muy quieta.

—Hoy, sí. Pero, ¿no sabéis lo que me hizo el otro día el Capitán?

—¿Qué?

—Pues me entregó una lanza de caballería y dijo: Oiga, cadete: “Deje ir las riendas, tome la lanza entre las manos, sujetándola en alto y al saltar el caballo, diga: Soy Federico Ernesto de Brenken, oriundo de Halle.”

—¿Y qué hiciste?—preguntó Buring, riendo hasta las lágrimas.

—¿Que qué hice? Pues que no había pronunciado todavía el nombre de pila, cuando me encontré en el suelo, mientras Gabriela me miraba con sus ojillos burlones.

SEGUNDA PARTE

El cadete Rodolfo de Seddin era hijo del General Seddin. El General había enviudado hacía tres años y se había vuelto a casar con Elena Widemann, apesar de llevarle más de treinta años de diferencia de edad.

Roldolfo se había encariñado inmediatamente con su madrasta, de la que le separaban



Rodolfo se había encariñado con su madrasta...

solamente dos años escasos. Elena habíase compenetrado con aquel muchacho, en quien adivinó una naturaleza extrañamente sensible y poética, y comprendió en seguida que la carrera militar era la última que debiera habersele impuesta. Sin embargo, ni su belleza ni su juventud lograron convencer al General de que desistiese de su propósito.

—Escucha, Wolfagn — decía Elena a su marido, el General Seddin, una vez más—. Yo

creo que después de tantos militares, la familia Seddin puede permitirse el lujo de que uno de ellos sea artista...

—¿Artista? Por Dios, Elena. No insistas, sólo el oír esa palabra me pone los nervios de punta.

—No es eso, Rodolfo estoy segura que es un verdadero artista. No puedes negar que el muchacho posee un talento extraordinario y un temperamento asombroso. Le he oído tocar alguna de sus composiciones y las encuentro bellísimas.

—No sigas, Elena, te lo ruego.

—Me apena que no me complazcas en esto que te pido.

—Mujer, no seas así. Pídemelo lo que quieras, cualquier capricho y accederé a él de buena gana. Ya sabes que nada te niego. Pero eso de ninguna manera. ¡Al menos al chico se le ocurriría componer marchas militares!...

—Como quieras, pero yo no encuentro bien que hayas metido en una Academia de cadetes contra su voluntad y sabiendo que tiene talento para otra cosa.

El General, impaciente y molesto, porque no quería provocar un disgusto con su esposa, se levantó, no sin antes haber dicho de forma enérgica

—Elena: si Rodolfo hubiese sido una chica, conforme. Pero se trata de mi hijo. Comprendes? ¡De mi hijo, y mi hijo será soldado!



—Sí, una marcha militar.

Elena quedóse pensativa, pero al cabo de unos momentos se presentó en el comedor el propio Rodolfo, a quien le habían concedido permiso, por ser un domingo por la tarde.

—¿Qué tal, mamá? —exclamó Rodolfo, bebiendo en la frente a su madrasta—. Cada día estás más guapa.

—¡No seas tonto, chiquillo! Esta noche en el baile de los cadetes encontrarás muchachas mucho más guapas que yo.

Rodolfo se quedó mirando muy serio a Elena, y exclamó después riendo alegremente:

—En todo Berlín no hay una mujer tan bonita como tú.

—Bien, Rodolfo, entonces, espero que no te avergonzarás de bailar al menos una vez con tu madre.

—¡Todas las veces que quieras, mamá! ¡Pero tengo que decirte una cosa, te traigo una sorpresa!

—¿Sí? ¿Has compuesto algo?

—Sí. Una marcha militar.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí. He querido que papá tuviera una alegría y voy a darle esta sorpresa. Esta noche la banda de la Academia tocará, durante el baile, mi composición. ¿Tú crees que papá estará contento?

—Hace un momento me decía que al menos si compusieras marchas militares...

—¿Quieres que la toque al piano? Lo haré muy bajito y papá no nos oirá.

—Ya la oiré esta noche, Rodolfo, esa será también mi sorpresa. Ahora, te ruego que toques la Canción de Amor, que tú has compuesto.

—Bien, pero con una condición, mamá.

—¿Cuál?

—Que no me mires. Te lo aseguro, no podría. Voy a tocar, pero sobre todo no me mires.

CANCIÓN DE AMOR

Tú eres el placer, tú eres el dolor,
el sol que me da su calor, tú eres.
Mirándome tú, mi pecho arde de amor,
mirándome tú, mi dicha es celestial.
Rojo es el vino y roja es la sangre
y roja es tu boca que a besar invita.
Roja es la llama del amor que incita,
que arde y se eneiente, mas no quema.
Tú eres el placer, tú eres el dolor,
el sol que me da su calor, tú eres...
Mirándome tú mi pecho se calmó,
hablándome tú, mi dicha es celestial.

—Rodolfo, es hermosa, muy hermosa...—
dijo Elena, emocionada, mirando los ojos del
cadete, tan azules y tan límpidos.
—¿De veras te gusta, mamá?
—No te rindas, Rodolfo; aunque digan lo
que digan, tú debes ser músico... ...
—¿Te ha gustado la canción, mamá? Te
la voy a dedicar...
—En realidad, es extraño que me llames
mamá...—dijo Elena— Tenemos casi la mis-
ma edad. Dime, ¿te enfadaste porque tu padre
se casó conmigo?

Rodolfo no contestó. Se quedó mirando a
Elena, feliz de poder contemplar su belleza
turbadora, y ambos callaron sin querer escu-
drinár en el fondo de sus corazones...

TERCERA PARTE

El capitán Maltzahn se estaba acabando de
vestir para asistir al baile de la Academia Mi-
litar. Encima de la mesita de su despacho ha-
bía un sobre cerrado, sin ninguna dirección
escrita en él, y el capitán contemplaba, irre-
suelto. De pronto, llamó a su asistente:

—¡Henning!

—A sus órdenes, Capitán!—contestó el asis-
tente, presentándose.

—Esta noche debes asistir al baile de la
Academia. Ayudarás al servicio de guarda-
ropía.

—¡Capitán! Esta noche tenía permiso de
usted para salir; tengo que reunirme con mi
novia.

—¡Cállese! Usted vendrá al baile. ¿Enten-
dido?

—Bien—contestó Henning, mientras por sus ojos pasaba una ráfaga de ira.

—Y ahora, coja usted el sobre que está encima de esa mesa, y llévela a casa del General Seddin.

—A quién debo entregarlo, capitán?

—Hágase presentar a la señora del general, y le entrega usted el sobre, en propias manos y a solas. Supongo que me ha entendido, ¿eh? Cumpla lo que le he dicho al pie de la letra.

—Bien, Capitán.

Momentos después, Elena abría el sobre y leyó: "Querida Elena: Esta noche es preciso que hablemos un momento a solas. Supongo que a esto no se negará usted! ¿Mi compañera de juegos en la niñez, no se quiere acordar ya de mí? Elena, has de ser mía, mi amor no retrocederá ante nada. Hasta esta noche, con un beso que yo quisiera correspondido.—*Carlos Maltzahn.*"

Elena hizo un gesto de disgusto, pero escondió la misiva, pues oyó el ruido de pasos de su marido, que se dirigía a su encuentro para conducirla al baile.

El aspecto que presentaba el salón de fiestas de la Academia era agradabilísimo a la vista. Casi todas las caras eran jóvenes, y los cadetes, que pocas veces tenían ocasión de asistir a alguna fiesta, no se separaban de las muchachas.

Después de que la orquesta hubo tocado un

par de bailables, el director de la misma, dijo dirigiéndose al público:

“Señores: la banda de la Academia va a tener el gusto de interpretar una Marcha Militar compuesta por el cadete Rodolfo Seddin.”

—Elena, ¿qué es eso?

—¡Wolfgang! Tu hijo ha querido que estuvieras orgulloso de él, y ha compuesto una marcha militar en tu honor.

Calló el general, pues comprendió que la emoción no le iba a permitir pronunciar palabra alguna.

Al terminar la banda la Marcha, de ritmo vibrante y excellentemente compuesta, la ovación que estalló fué clamoroso, y el General no pudo por menos que estrechar a su hijo entre sus brazos, aunque no le dijo una sola palabra.

El capitán Maltzahn, pidió a Elena el honor de un baile y ésta se lo concedió después de pedir permiso a su marido.

—Elena. ¿Por qué ese silencio tuyo? ¿Serás capaz de decirme que no me quieres? —dijo el Capitán mientras bailaban.

—Carlos, no quiero que me escribas más. ¿Me entiendes? No quiero ni puedo traicionar a mi marido. Es un hombre leal y caballeroso, no se merece eso....

—¿Por qué te casaste con él si no le querías?

—Cállate, Carlos, no tienes derecho a recriminarme. Además, nunca comprenderás...

—¿El qué?

—¡Nada! Te ruego que no me escribas. Ya sabes que te aprecio, que te quiero como a un buen amigo, no en vano hemos pasado tantos años juntos. Siempre has sido tú un hombre digno, no quieras ahora mancharte con una canallada.

El general Seddiñ se pasó buena parte de la noche hablando con los demás oficiales y el capitán Maltzahn casi no se separó de Elena.

Rodolfo bailó un baile con su madrasta y después salió a la terraza. En eso notó que alguien se había detenido a su espalda y en voz queda pronunciaba su nombre.

—¡Cadete Seddin!

—¿Qué desea? —contestó Rodolfo, contemplando a un soldado que se había cuadrado en su presencia.

—Soy el asistente del capitán Carlos Maltzahn. Deseo comunicarle algo, pero antes desearía que usted me asegurara que no dará parte.

—¡Bueno! Hable de una vez. ¿Qué pasa? —respondió Rodolfo de mala gana.

—Señor Cadete: déme su palabra de honor de que no dará parte.

—Bien. La tiene usted. ¡Hable!

—Escúcheme, señor cadete... El capitán Maltzahn... y su madre... yo... soy el porta-



—Señor Cadete: déme su palabra de honor...

—... de que no dará parte... —dijo el asistente de Maltzahn, mirando a Rodolfo con ojos llenos de odio. —... de que no dará parte... —repitió.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Cómo se atreve usted?... ¡Salga inmediatamente del salón!... —gritó Rodolfo con voz velada por la rabia y el dolor.

—Bien... pero acuérdese usted... su madre lo pagará caro... y él es un granuja.

Es difícil describir el estado de excitación

en que se hallaba Rodolfo, cuando terminado el baile, y una vez en su lecho de la Academia, pudo pensar en las palabras que le había dicho el asistente del capitán Maltzahn.

¿Qué motivos habían impulsado a Hennig a confesar a Rodolfo el amor del capitán hacia la madre de éste? Hay que tener el cuenta que Maltzahn era un oficial alemán que no admitía la más mínima infracción en la disciplina y que trataba sus subordinados—nunca a los cadetes—en forma más bien brutal. Hennig, que era muy torpe, había sido insultado muchas veces por el capitán y le odiaba. Además, aquella noche le había privado de reunirse con su novia y eso le impulsó a cometer aquella vileza.

Rodolfo no podía conciliar el sueño. Adoraba a su madre y en su pecho la ira iba creciendo por momentos. Hacia las tres de la madrugada, procurando que el sargento de guardia no le descubriera, se vistió, y saltando las tapias de la Academia, se encontró en la calle. Despues se dirigió a la casa donde habitaba el Capitán Maltzahn.

Este acababa de llegar a su casa, pues después del baile se quedó en compañía de otros oficiales. Al entrar encontró a Hennig completamente borracho.

—¿Qué haces ahí?

—Ca... pi... tán...—contestó aquél tambaleándose.

—Cerdo. Eres un borracho indecente.
¡Cerdo!

—¡No soy ningún cerdo!

—Vete a la cama. Mañana hablaremos.

Hennig se marchó haciendo eses y repitiendo: ¡no soy ningún cerdo!...

Rodolfo llamó a la puerta y el mismo Maltzahn bajó a abrir.

—¿Quién es?

—Yo, capitán.

—¿Seddin?

—Señor capitán, ¿puedo hablar con usted un momento?

El tono de Rodolfo era extraordinariamente enérgico, y Maltzahn, sin contestar le hizo entrar y subió las escaleras que conducían hasta su habitación del primer piso.

—Entre usted—dijo—. ¿Qué quiere usted?
¿Tiene usted permiso?

—No, capitán. No tengo permiso, pero tengo que hablarle.

—¿Se ha vuelto usted loco?

Rodolfo no se inmutó ante el tono del capitán y contestó:

—He dicho que tengo que hablarle y no me marcharé de aquí sin haberlo hecho!

—¡Decididamente está usted loco! Bien. ¿Qué quiere? ¿Qué es lo que tiene que comunicarme?

—Capitán Maltzahn: Usted se equivoca: no

vengo en nombre de mi madre; ella no sabe que estoy aquí.

—¡Ah! ¿Entonces dígame que hace usted a esta hora fuera de la Academia y en mi casa? —preguntó el capitán.

—Quería... —dijo Rodolfo serenamente— que no molestara usted más a mi madre.

—¿Pero, Seddin? Esto es inconcebible. ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Conteste!

—¡No estoy loco, señor capitán! Lo que no quiero es que la gente se ría de mi padre... ni que se ría tampoco de mi madrastra... debe usted dejar a mi madre en paz...

—Esto son tonterías... Diga, ¿qué es lo que cree usted de mí? ¿Quién le ha metido esto en la cabeza?... Quiero saber quién ha sido.

—Yo lo único que necesito —respondió Rodolfo— es su palabra de honor de que no molestará usted ni un momento más a mi madre.

—¡Maldita sea! ¡Basta ya! ¡Ya he soportado bastante! ¡Lárguese inmediatamente a la Academia! ¡Fuerá!

—Capitán, le advierto que me daré de baja, y después mandaré a usted mis padrinos.

El capitán cambió de pronto de táctica. Comprendió la excitación del muchacho e intentó calmarlo de otra forma.

—Seddin, escúcheme, sea razonable. Por su madre quiero olvidar que ha estado aquí

esta noche. Tranquíllícese. Siéntese en ese sillón y vamos a hablar.

—Necesito antes que me dé usted su palabra de honor, capitán.

—Siéntese, le he dicho! Rodolfo, es usted muy joven todavía y no puede comprender ciertas cosas. Le honra a usted el querer defender a su padre... y a su madre... pero usted se está metiendo en un asunto del que no sabe una palabra. Yo amo a su madre... sí... sí... déjeme hablar... la amo. ¿Qué culpa tengo yo?... yo amaba a su madre antes de ser la esposa de su padre...

—Señor capitán, renuncio a esas revelaciones... Solamente necesito su palabra de honor de que no molestará a mi madre.

—Basta ya, señor cadete. Le mando que salga de esta habitación inmediatamente.

—Su palabra de honor.

—Le ordeno que...

CUARTA PARTE

A la mañana siguiente un teniente de la Academia penetró en el despacho del coronel de la misma y le dijo:

—Señor coronel, dos señores de la policía

criminalista,riegan ser recibidos por Vuelenciaa.

—¿De la policía? — exclamó extrañado el coronel—. Bien. hágalos pasar.

—Buenos días, caballeros, ustedes dirán lo que se les ofrece — dijo el coronel.

—Permitame que nos presentemos, señor coronel. Soy el comisario superior de policía y mi secretario señor Mosse.

—Tanto gusto. Ustedes dirán.

—¿Sabe uster señor coronel, que esta mañana ha sido encontrado asesinado el capitán de su Academia, Carlos Maltzahn?

—¿Qué está usted diciendo? — exclamó el coronel poniéndose en pie sobresaltado.

—Sí, señor. Ha sido hallado muerto en su domicilio. Presenta la señal de un balazo que le ha penetrado en la cabeza, produciéndole seguramente una muerte instantánea, y a pocos pasos de él, en el suelo, ha sido hallada una pistola.

—Pero esto que me están ustedes comunicando es horroroso!

—Ciertamente, coronel.

—¿Y ustedes que desean, entonces?

—Solamente que nos permita usted interrogar al cadete Rodolfo Seddin.

—¿Al cadete Seddin? ¿Pero qué tiene que ver?

—Señor coronel. Existen sospechas de que

el autor del asesinato del capitán ha sido el cadete Seddin.

—Pero, reflexionen ustedes. Este es un caso inverosímil, casi grotesco. ¿Un cadete de nuestra Academia? ¡Esto es una locura!

—La noche pasada, el capitán Maltzahn recibió la visita, hacia las tres de la madrugada, del cadete Seddin.

—¡Imposible! — contestó fuera de si el coronel.

El comisario continuó sin inmutarse:

—Ambos señores sostuvieron una conversación en alta voz y violenta. Cuando el asistente Hennig quiso despertar esta mañana al capitán, le encontró muerto en su habitación...

—Yo les digo a ustedes que esto es imposible. Ningún cadete puede salir de noche de la Academia. Verá usted. Teniente Brunig, presenteme el parte de esta madrugada.

A los pocos instantes el teniente Brunig entregaba al coronel el parte, y éste pudo leer: "A las cuatro de la madrugada el sargento de guardia detuvo al cadete Rodolfo Seddin, cuando trataba de penetrar en la Academia, después de haber pasado la noche fuera, sin que éste haya declarado en la forma que se ausentó..."

El coronel, visiblemente turbado, hizo comparecer a Seddin, y no logrando que éste prestara declaración de ninguna clase, fué entre-



- Creame, general, yo no creo capaz a su hijo...

gado al Comisario de Policía, quien le condujo detenido.

El coronel telefoneó inmediatamente al General Seddin rogándole que viniera a la Academia, para comunicarle un asunto urgente.

El general, al enterarse de lo ocurrido, quedó profundamente abrumado, tanto más por cuanto no comprendía de ninguna manera lo sucedido, ni el por qué de la visita de Rodolfo al capitán.

—Créame, general, yo no creo capaz a su hijo de acción semejante, pero es preciso que usted le vea y trate de arrancarle una declaración. Ante mí se ha negado a hacer manifestación alguna.

—Bien, Iré.

El Comisario de Policía accedió a que el General visitara a su hijo, y éste penetró en el calabozo donde estaba detenido Rodolfo.

Padre e hijo se miraron un momento y Rodolfo, escondiendo la cabeza entre los brazos, se echó a llorar.

—¡Rodolfo! ¡Hijo mío! Dime la verdad. Lo que no confiesas a nadie debes decírmelo a mí.

—¡Padre!

—Rodolfo, mírame a los ojos. Lo que ahora me digas, lo creeré, ¿me entiendes? Te creo, te lo juro. Conféstame: ¿Has matado al capitán?

—No, papá!

—Escucha: ¿eres culpable de su muerte?

—¡No!

—¡Gracias, hijo mío! —dijo el padre estrechando a Rodolfo entre sus brazos. ¡Pobre chico! Dime: ¿no puedes confesarme lo que querías del capitán, anoche?

—No, papá, eso no puedo decírtelo.



—No puedo, papá. Eso no lo diré nunca.

—Escucha, confíásalo todo. Es la única manera de que te dejen en libertad. Tú eres el único que sabes lo que ha sucedido. De lo contrario yo tendré que pedir el retiro. No puedo seguir en el ejército con un hijo acusado de criminal.

—No puedo, papá. Eso no lo diré nunca.

—Pero, ¿por qué?

—No me lo preguntes, te lo ruego. Eso me

hace mil veces más doloroso lo que me está sucediendo.

Todo fué inútil, ni su padre, ni el coronel, ni su abogado lograron que Rodolfo declarase una palabra.

ULTIMA PARTE

El Tribunal que había de juzgar a Rodolfo Seddin, ya se hallaba reunido. Momentos antes de comenzar la vista sobre el asesinato del capitán Maltzahn, Rodolfo recibió la visita de su amigo Burig. Ambos muchachos se abrazaron estrechamente.

—Gracias, Burig, eres un buen amigo. Te agradezco infinitamente el que hayas venido a verme.

—Valor, Seddin. No sé nada de cuanto te sucede, pero creo en ti.

—Qué bueno eres, Burig. Tu amistad me consuela de todo. Pero, escucha, contéstame a una pregunta, lealmente.

—Di.

—¿En el dormitorio, mis compañeros, me creen culpable?

—Te aseguro que no, Rodolfo. Todos te creemos inocente y si alguien se atreviese a decir lo contrario, te aseguro que le romperíamos las narices.

—¡Oh! Gracias. Dales a todos un abrazo muy fuerte de mi parte. No sé cómo acabará esto. Después ya te lo contaré todo a ti. Eres el único a quien puedo confiarne, pero primero ha de verse mi causa.

—Adiós, Rodolfo. Que la suerte te acompañe. Pero sea cual sea la solución de este asunto, yo siempre te creeré inocente.

Se abrazaron otra vez los dos amigos, muy emocionados, y en seguida fué llamado Rodolfo a comparecer ante el Tribunal.

Una vez en el banquillo de los acusados vió a su madrastra, sentada al lado del general. Elena le hizo un gesto amistoso, pero pudo él ver cómo dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

Rodolfo contemplaba a su madre, y su pecho se sintió aliviado de cuanto padeciera. Por ella era capaz de sufrirlo todo y se sentía con fuerzas para arrostrar incluso la muerte, con tal de que el honor de ella no padeciera la más leve mancha.

El Presidente del Tribunal, después del juramento de rigor, y las preguntas acostumbradas, preguntó a Rodolfo:

—Cadete Seddin, hasta ahora se ha negado usted terminantemente a declarar. Este es un

método de defensa deplorable, sobre todo, cuan todas las sospechas recaen sobre usted de una manera contundente. ¿Confiesa usted que fué la noche de autos a casa del capitán Maltzahn?

—Sí, señor Presidente—contestó Rodolfo.

—¿Qué motivos le impulsaron a ello?

—Es inútil esta pregunta, señor Presidente. No puedo decir los motivos.

—¿Confiesa usted que sostuvo una discusión violenta con el capitán?

—Sí señor Presidente.

—Y que durante esta disputa, dió usted muerte al capitán Maltzahn?

—Yo no le maté. Discutimos y me ordenó que me marchara a la Academia, y así lo hice.

—Es usted de una terquedad incomprendible, acusado. En fin. Continuemos con la prueba.

—Testigo Hennig.

—Servidor, señor Presidente —dijo el Asistente del capitán Maltzahn, pasando al lugar de los testigos.

—Oyó usted un tiro en la habitación del capitán?

—No, señor Presidente. Dormía profundamente durante mi primer sueño y no oí nada. De haberlo oido hubiese lógicamente entrado en la habitación del capitán.

El abogado de Seddin, dijo:

—¿Me permite, señor Presidente? Testigo Hennig, ¿el capitán era un hombre afable en el trato?

—Amable no lo era — respondió Hennig.

—¿Le había tratado a usted bruscamente alguna vez?

—Sí, señor.

—Gracias. Nada más, señor Presidente — dijo el abogado.

El Presidente siguió:

—Acusado, yo esperaba que la presencia de sus padres, le induciría a usted a hablar. ¿Quiere usted hacer alguna declaración?

—No tengo nada que declarar, señor Presidente — respondió Rodolfo.

—Bien. Adelante. Cadete Brenken.

—Presente — dijo éste.

—¿El capitán Maltzahn, les trataba a ustedes alguna vez bruscamente?

—El señor capitán era muy severo, pero todos le queríamos.

—Usted es un buen amigo del cadete Seddin. Contésteme francamente. ¿Cree usted que haya sido él el autor del crimen?

—De ninguna manera, señor Presidente. Yo creo, y como yo, todos sus compañeros, que el cadete Seddin es inocente. Todos respondemos de él.

—Bien cadete Brenken, nada más. Puede usted retirarse.

El abogado de Seddin se levantó diciendo:

—¿Me permite interrogar al acusado, señor Presidente?

—El señor abogado tiene la palabra.

—Cadete Seddin, ¿es usted buen tirador?

—Regular, señor abogado.

—¿Sabe usted manejar las pistolas del ejército?

—Sí, señor.

—Tenga la bondad de examinar esta pistola. ¿Conoce este modelo?

—No, señor Presidente, este modelo me es desconocido.

—¿Cómo es eso posible? — preguntó el abogado.

—Muy sencillo. Es un nuevo modelo que solamente poseía el capitán Maltzahn.

—Bien. Acérquese, señor Seddin. Haga usted el favor de quitarle el seguro.

Rodolfo trató de hacerlo, después de coger la pistola, aunque inútilmente.

—No sé cómo funciona, señor abogado.

Bien. Testigo Hennig, ¿hace usted el favor de ayudar al acusado? Quite usted el seguro de la pistola.

—¡Detengan ustedes a este hombre! — dijo el abogado a los gendarmes señalando a Hennig, mientras éste instintivamente trató de huir sin conseguirlo, pues fué detenido inmediatamente.

—Confiese usted — dijo el abogado —. Us-

ted mismo se ha descubierto. ¿Mató usted al capitán Maltzahn?

—Sí, señor — contestó Hennig descompuesto.

—¿Quiere usted contarnos cómo sucedió eso?

—Señor abogado. Perdón, el capitán me maltrataba, me insultaba. Aquella noche me quitó el permiso, y después me insultó, me llamó cerdo, y me dió una patada. Cuando el cadete Seddin se hubo marchado trató de sacarme del lecho... yo había bebido un poco, entonces me golpeó con la fusta... y yo me defendí... sin darme cuenta de lo que hacía cogí su pistola y disparé...

—Señores — dijo el Presidente —. Se suspende la sesión. El cadete Rodolfo Seddin, queda en libertad.

Elena y el general abrazaron a Rodolfo, y se dirigieron a su casa.

Aquel mismo día, Elena y Rodolfo se encontraron a solas, y a instancias de ésta Rodolfo confesó todo lo sucedido.

—¡Rodolfo! ¡Eres un hombre! ¡Un verdadero hombre! Fuiste a casa del capitán a dar la cara por mí. Pero yo quiero decirte una cosa: tu padre y tú no habéis tenido un solo instante motivo de queja para avergonzárlos de mí... ¿me crees?

—Sí, mamá. Siempre he creído en ti.

Entró el general en la salita donde estaban

ROMA 30 FILMS DE 31.82

Elena y Rodolfo, y dirigiéndose a Rodolfo, dijo:

—Hijo mío. Nunca te preguntaré lo que has callado delante de todo el mundo. Hoy me he sentido orgulloso de ti, eres un verdadero Seddin, y ahora, Elena, vas a estar contenta. Rodolfo, desde este momento eres libre de abandonar la Academia y dedicarte a la música, si esa es tu vocación.

Rodolfo se arrojó a los brazos de su padre, mientras Elena cogía una de las manos del general y la besaba.

FIN

Acontecimiento

Ya está a la venta la novela basada en el film del célebre

RENÉ CLAIR

14 DE JULIO

Precio: UNA pta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitán cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 50 céntimos

TITULOS PUBLICADOS:

Ave del Paraíso

interpretada por la bella actriz
Dolores del Río y **J. Mac Crea**.

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella **Kathe de Nagy** y el apuesto **Jean Murat**.

El Príncipe de Arkadia

bellísima opereta, por **Willy Forst**
y la genial **Liane Haid**.

La insaciable

por la fascinante **Carole Lombard** acompañada por **Ricardo Cortez** y **Paul Lukas**.

El vencedor

protagonistas: **Jean Murat** y la bella actriz **Kathe de Nagy**.

PROXIMAMENTE:

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de la **Revolución rusa**, y revive los incidentes de tan apasionante conflagración. Brillante interpretación del célebre **Bancroft** y **Miriam Hopkins**.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIÓNERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 Páginas de texto: 30 cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	Lupe Rivas Cacho
Imperio Argentina	M. rcedes Serós
J. Mac Donald	Custodia Ronero
Jose Mojica	Emilio Sagi-Barba
Roberto Rey	Marcos Redondo
Blanca Negri Alady	Marlene Dietrich
Enriqueeta Serrano	A gustín Irusta
Felisa Galé	Luisita Esteso
Celia Gámez	Olvido Rodríguez
Orquestina Planas	josefina Baker
L. Harv. y H. Garat	Juan B. Giliberti
Maurice Chevalier	Conchita Piquer
Ramón	Gaynor - Farrell
Azucena Maizani	Olimpia de Córdoba
Mario Visconti	Imperio Argentina
El Cante Jondo	Nuevos tangos
Carlos Gardel	Goyita Herrero
(Nuevos tangos)	Raquel Meller
Dolly Haas	

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis